

TATO, María Inés, (2004), *Viento de Fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 280 pp.

Desiree Osella<sup>1</sup>

*Viento de Fronda* invita a un recorrido por la trayectoria política y periodística de Francisco Uriburu, creador del periódico *La Mañana* y de *La Fronda*. Empero, lejos de detenerse en el estudio de la trayectoria individual del personaje, la autora pone en evidencia a través de la misma los avatares atravesados en los primeros treinta años de democracia argentina y las tensiones experimentadas con la tradición liberal.

Desde las columnas de *La Mañana* Uriburu adscribió al programa de Roque Sáenz Peña de implementar una nueva ley electoral en aras de democratizar la política argentina y alentó la creación de un partido moderno que nuclease a las fuerzas conservadoras. Con este objetivo, adhirió al Partido Demócrata Progresista.

La enérgica defensa por parte del periodista de las medidas saenzpeñistas, si bien no fue abandonada tras el triunfo del radicalismo en 1916 y no hubo en él una abdicación de la convicción en la virtud de la democracia

como forma de gobierno, se vio morigerada. Solo a partir de 1928, con el acceso por segunda vez a la Presidencia de la Nación de Hipólito Yrigoyen, a partir del denominado triunfo «plebiscitario» del caudillo radical, Uriburu renegó de su fe en la democracia y respaldó el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, el que constituyó la primera quiebra de la democracia argentina.

A partir de ese momento, tras el efímero gobierno provisional de su primo el General José Félix Uriburu, se limitó a acompañar la «ficción democrática» inaugurada con Agustín P. Justo, la cual, como señala Tato, vació de contenido la democracia a la vez que erosionó las bases del liberalismo, al apelar declamativamente a la soberanía popular pero burlarla mediante la instrumentación del fraude.

La obra se estructura en siete capítulos. En el primero, la autora sintetiza la trayectoria periodística y política de Francisco Uriburu fundamentalmente en el diario *La Mañana*

---

<sup>1</sup> Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba, Maestranda en Partidos Políticos por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, Becaria doctoral del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas y miembro del Programa de Historia Política de Córdoba (CEA-UNC.). Contacto: desiree\_osella@hotmail.com

na, fundado en 1911, desde el que bregó por el ideario reformista.

En el segundo, Tato analiza el posicionamiento de Uriburu ante los avances de la UCR a partir de la implementación de la ley Sáenz Peña, así como las disidencias entre él mismo y las fuerzas conservadoras.

En el tercero, centra su mirada en la actitud de Uriburu tras el acceso de Yrigoyen a la presidencia, la radicalización de su discurso, la construcción de la figura del «enemigo» radical y las críticas que efectuó a la gestión.

En el cuarto, describe los problemas internos que tuvieron lugar en *La Mañana*, los cuales derivaron en el alejamiento de Uriburu del diario y en la posterior creación de *La Fronda*, diario que eclipsó a su predecesor, el cual transcurrido menos de un año dejó de salir a la calle.

El capítulo quinto analiza la relación entre Francisco Uriburu y el gobierno de Marcelo T. de Alvear, las expectativas del primero ante el recambio presidencial y la valoración sobre la gestión antipersonalista. Además, la autora explica aquí, por un lado, la actitud asumida por Uriburu ante el avance del totalitarismo en Europa y Latinoamérica y, por otro, la participación y el aval prestado por Uriburu a la conformación del denominado *Frente Único*, finalmente derrotado por Yrigoyen en 1928.

En el penúltimo capítulo trata la reacción de Uriburu ante el segundo

gobierno yrigoyenista, su radicalización ideológica y su acercamiento al nacionalismo de derecha, deslindando liberalismo de democracia.

Finalmente, en el último aborda el posicionamiento de Uriburu y los nacionalistas de *La Fronda* ante, por un lado, la dictadura de José F. Uriburu y, por otro, el avance y posterior consolidación de la figura de Agustín P. Justo.

El estudio señala la sinuosa trayectoria de un referente periodístico que a lo largo de su vida contempló el paso de un régimen político oligárquico a uno democrático; los desencantos que ciertos sectores —entre los que se incluyó— experimentaron con este último; la primera ruptura democrática y la instauración, finalmente, de una «ficción democrática».

En el transcurso de estas tres décadas, Uriburu combatió al juarismo, participó en la *Revolución del Parque*; fundamentalmente por su filiación roquista se opuso tenazmente desde *El País* al figueroísmo, sobre todo a partir de 1908, al que asimiló al «unicato» de Juárez Celman. Si bien no apoyó la candidatura presidencial de Roque Sáenz Peña, por haber sido propuesta por Figueroa, pronto Uriburu se sumó a la empresa renovadora del mismo, como propietario y redactor de *La Mañana*. Desde sus páginas emprendió un periodismo involucrado activamente en política, que se caracterizó por su espíritu faccioso y combativo.

Por entonces, Uriburu arremetió tenazmente contra aquellos que con- signó como enemigos, a la vez que centró sus preocupaciones en la crea- ción de un partido conservador de alcance nacional. Esto, consecuencia de las condiciones de producción de la época, dado que como advierte Tato, en la democratización impul- sada por el reformismo fue también una cuestión central la preocupación por unificar al resquebrajado orden conservador –causado por la enorme faccionalización de la elite– en aras de lograr su supervivencia.

En este sentido, Uriburu compar- tía la premisa de que los *caciques* de- bían ser reemplazados por organiza- ciones estables y permanentes, dota- das de programas. De hecho, ante la implementación de la nueva norma- tiva electoral, con la victoria en 1914 del Partido Socialista en la Capital, seguido por la UCR, Uriburu no re- signó su convicción en la reforma. Por el contrario, responsabilizó a los con- servadores de lo ocurrido alegando la falta de unidad imperante entre los mismos, así como la carencia de un partido nacional orgánico que los nucleara.

Interesante resulta la interpreta- ción de Uriburu acerca del conserva- durismo, al que veía como una ten- dencia política flexible y proclive a la instrumentación de reformas acor- des a las demandas del momento, aunque comprometido con la defen- sa de las conquistas logradas. Como

señala Tato, el conservadurismo era definido como aquella fuerza que ocupaba en el tablero político argen- tino un lugar opuesto al socialismo y el radicalismo.

Empero, el principal componen- te en la definición de la identidad de Uriburu que señala la autora no era el conservadurismo; sino su encon- do antirradicalismo, dado que fue en función de este enemigo que aban- donó en reiteradas oportunidades sus creencias doctrinarias en aras de lo- grar objetivos concretos.

Este pragmatismo político condu- jo a Uriburu, por un lado, a cuestio- nar severamente a los conservadores por no lograr superar el faccionalis- mo que los atravesaba y unificarse en un partido nacional capaz de dispu- tar el predominio electoral del radi- calismo. Por otro lado, lo llevó a res- paldar a otras fuerzas políticas para intentar evitar el triunfo de la UCR, como en 1916 cuando instó a la ciu- dadanía de la Capital Federal a votar en los comicios de electores presiden- ciales por los socialistas para garanti- zar la derrota radical en dicho distri- to.

Entre las principales críticas que Uriburu efectuó al radicalismo se ha- llaban el caudillismo y la falta de pro- grama – que iba en detrimento del ideal de partido orgánico que Roque Sáenz Peña había intentado generar. En este sentido, Uriburu definía a dicho movimiento como un «apos- tolado» y consideró la gestión de Yri-

goyen una amenaza para la vigencia del orden republicano y liberal.

Durante el primer gobierno radical, Uriburu y *La Mañana* fueron referentes de la oposición política de diverso modo: por sus aportes al léxico político, el respaldo a diversas entidades opositoras –Comité Nacional de la Juventud y, en menor medida, a la Liga Patriótica Argentina– y debido a las campañas antigubernamentales fraguadas desde las columnas del diario.

En 1922 Uriburu contempló el triunfo de Alvear con mayor optimismo que el por él experimentado en 1916, al triunfar Yrigoyen. La mayor crítica que le efectuó a Alvear fue la débil resistencia que interpuso a los *desmanes* del yrigoyenismo.

Tato señala que si bien un rasgo característico de la primera postguerra fue el antiparlamentarismo, ello no fue compartido por Uriburu y su diario. La ineficacia legislativa que el periodista denunciaba no era atribuida a los fundamentos de la institución sino al comportamiento de sus integrantes (directamente proporcional, a su entender, al descenso intelectual de los diputados producto, a su vez, de la mayoría yrigoyenista en el recinto).

En relación con este punto, es sugestiva la toma de posición de Uriburu ante las experiencias europeas. Adhirió a ciertas ideas maurrasianas y compartió con el periódico *L'Action Française* su estilo literario y la pré-

dica nacionalista; no vio en el comunismo un peligro sino hasta 1927 cuando la III Internacional estimuló la lucha de clase contra clase. En general, fue altamente crítico del fascismo italiano, hasta que viajó a Italia en 1926 y ponderó numerosos aspectos de dicho régimen ligados a las políticas públicas, la economía y el mantenimiento del orden, preocupación central en él. Criticó, a su vez, la dictadura española de Primo de Rivera y se inquietó ante el avance de Hindenburg en Alemania. Fue el régimen liberal inglés, basado en el parlamento, el que Uriburu reverenció.

Por otra parte, cuestionó el ascenso del autoritarismo en América Latina y no coincidió con el diagnóstico de Leopoldo Lugones acerca de la llegada de la «hora de la espada». Estos fenómenos llevan a la autora a colegir que «En un mundo que marchaba cada vez más hacia la derecha (...) Uriburu y su diario se mantuvieron inamovibles en el terreno del liberalismo y de la democracia». Empero, consideraban que la democracia argentina era precaria, no era orgánica y la sociedad adolecía de falta de *cultura política*. Por este motivo y, en consonancia con los postulados del reformismo del centenario, Uriburu bregó por la educación del ciudadano elector.

Concluido el mandato de Alvear, llegado el momento de la sucesión presidencial, Uriburu reconoció pú-

blicamente que si bien su ideal era una fórmula netamente conservadora, era preciso apoyar al antipersonalismo para evitar el triunfo de Yrigoyen. Esta sugerencia práctica ante la posibilidad de un nuevo triunfo del caudillo, se vio acompañada desde *La Fronda* por un fuerte mesianismo y de imágenes catastróficas de un futuro gobernado por el viejo líder radical.

Tras haberse efectuado las elecciones presidenciales, el diagnóstico extraído de los comicios fue que la ley Sáenz Peña había sido prematura y que era preciso efectuar modificaciones en la legislación electoral. Como observa Tato, ello no implicaba aún un cuestionamiento al sistema político, dado que solo se recomendaban reformas a implementar y se seguía instando por la conformación de un partido conservador nacional.

Empero, diversos hechos fueron alterando esta postura. Entre ellos, las intervenciones de San Juan y Mendoza y la polémica por la sucesión desatada tras la muerte de Francisco Beiró, vicepresidente electo. Mientras tanto, Uriburu reemprendió sus viajes al viejo continente y *La Fronda* se arrogó para sí la defensa de «la» tradición «amenazada» por la demagogia. La nostalgia por los tiempos del régimen irrumpió así en las páginas del diario, el cual comenzó a revalorizar figuras del régimen otrora excluidas deliberadamente, a las que

Uriburu había combatido, como Miguel Juárez Celman y Marcelino Ugarte.

Otra «revisión» sugestiva de las figuras anteriormente denostadas fue la de Juan Manuel de Rosas. Si bien el rescate de su figura fue ambiguo, es ilustrativo de la transformación de las ideas políticas del período como señala Tato.

A mediados de 1929 las críticas a la democracia transmutaron en una abierta censura hacia el sistema, lo que derivó en lo que José Luis Romero denominó «republicanismo autoritario». Ello alude a que la democracia quedó en suspenso y se priorizó la defensa de las libertades individuales y de las garantías constitucionales. A su vez, Francisco Uriburu experimentó un viraje a los postulados antidemocráticos propalados por la nueva derecha «o al menos su tolerancia y su puesta al servicio de sus propios objetivos.»

En dicho año, la violencia política entre oficialismo y oposición aumentó ostensiblemente. En este escenario surgió el *Klan Radical*, fuerza de choque del partido. Ante ello, *La Fronda* patrocinó la creación de una «contra-mazorca» tendiente a «hacer respetar los principios republicanos» y en septiembre hizo su aparición la *Liga Republicana*, en la que participaron la mayoría de los miembros del periódico.

Las elecciones legislativas nacionales de marzo de 1930 mostraron un

descenso en el número de votos de la UCR. Esto fue interpretado por Uriburu como una reacción frente al yri-goyenismo, el inicio de su fin. Empero, la magra incidencia de estos resultados en la composición del Congreso neutralizó el optimismo de los colaboradores del diario, el cual se orientó hacia la conspiración e incitó a la *revolución*.

En su análisis del diario durante el gobierno de facto, Tato revela cómo el mismo experimentó un proceso de radicalización ideológica que lo condujo a su asilamiento. Mientras que, una vez depuesto Yrigoyen, los partidos políticos que apoyaron el golpe comenzaron a presionar por elecciones, los miembros del periódico alegaron que ello era postergable y se embarcaron en argumentos que reemplazaban la apelación a la soberanía popular por el orden como criterio válido para el ejercicio del poder.

Finalmente, *La Fronda* avaló el cercenamiento de las libertades individuales y de la libertad de prensa, al tiempo que legitimó la vigencia del Estado de Sitio, la represión y la instrumentación de la Ley Marcial. Con ello, desistió del liberalismo. Empero, su antiliberalismo no le impidió apelar a los principales referentes de dicha tradición política, lo que expresa, según Tato, la inconsistencia del antiliberalismo de dichos nacionalistas.

Si bien Francisco Uriburu profesó a partir del segundo gobierno de Yri-

goyen ideas antidemocráticas y cuestionó el sufragio universal, mantuvo algunos elementos de su matriz ideológica previa, tales como la tradición liberal y la creencia en el sistema de partidos. Esto, señala la autora, lo diferenciaba de los nacionalistas, los cuales constituían «aliados útiles en la coyuntura crítica de la conspiración.»

Al verse José F. Uriburu impelido a convocar a elecciones generales, *La Fronda* arremetió contra el nuevo tablero político que se configuraba. Denostó a Justo («militar politiquero») y criticó mordazmente a Lisandro de la Torre por aliarse con el PS y presidir la fórmula de la Alianza Civil.

En este escenario, Francisco Uriburu retornó al país y el estilo y rumbo editorial del periódico volvieron a verse influidos por éste. Mientras que para los nacionalistas la revolución había sido derrotada porque no logró el cambio de orden social que ellos anhelaban, para Francisco Uriburu, que buscaba en ella el simple derrocamiento de Yrigoyen, consideró que la misma estaba en pie. Así, los nacionalistas se lanzaron a la oposición, a la vez que Uriburu se adaptó al nuevo escenario político, oscilando pendularmente entre el nacionalismo y el conservadurismo, revelando de este modo la «labilidad de sus fronteras». Las fuerzas conservadoras, por su parte, se opusieron a la implementación de un régimen corporativo y a la suplantación de la democracia. No

obstante, al tornarse esta última *inmanejable* para los conservadores, estos se inclinaron por una «solución transaccional» que apelaba como elemento de legitimación al voto popular, pero era en la práctica manipulado y controlado.

En resumidas cuentas, el estudio de Tato constituye un aporte a la historia política al revelar, mediante el seguimiento de la trayectoria de un personaje singular, los principales desafíos afrontados por la joven democracia argentina. Evidencia, además, las tensiones generadas entre las fuerzas conservadoras por el paso de

un régimen político de tipo oligárquico a uno democrático. Mientras que las mismas no lograron organizarse en un partido político estable de alcance nacional y fueron derrotadas por el radicalismo, no adhirieron empero al programa corporativista y siguieron apelando a la legitimidad democrática. Encontraron en la solución justista un resguardo cómodo e ideológicamente complaciente con sus intereses: apelar al sufragio universal como elemento de legitimación de los gobiernos pero asegurarse el control de los resultados de la puesta en funcionamiento del mismo.